

## Qué hacer cuando el corazón clama por venganza

1ª Samuel 24 -26; 2ª Samuel 1



Aunque no conozco a todos los que leerán esta lección, puedo decir que algo sé de cada uno de ustedes —lo sé incluso de los que jamás he conocido: A cada uno de ustedes alguien le ha hecho sufrir. Puede que haya sucedido años atrás, o pudo haber sido ayer, pero lo cierto es que alguien le hizo sufrir. Tal vez un amigo traicionó su confianza, O un maestro, entrenador o jefe le trató injustamente. Puede ser que un miembro de la familia le insultó. O que un conocido se aprovechó de usted. Es probable que su pareja le abandonó, O que un enemigo se propuso arruinarle su vida. No es que a todos se nos haya hecho sufrir del mismo modo, pero a todos se nos ha hecho sufrir.

Piense, por un momento, en el más grande sufrimiento que otra persona le haya causado. Trate de volver a vivir el momento en que sintió todo ese dolor. Ahora imagine que vengo yo a usted en ese vulnerable momento y le entrego una cajita de metal brillante. Sobre la caja hay un botón rojo, que si usted lo aprieta, la persona que le causó el sufrimiento sentirá todo el dolor que usted está sintiendo en este momento. Nadie excepto usted sabrá jamás si usted apretó el botón o no. Después de la explicación, yo me marchó. Le pregunto: Tomando en cuenta el dolor que usted siente, ¿apretaría usted el botón?

Una cosa sí es segura: Todo el mundo a su alrededor estará pidiendo a gritos: ¡Aprieta el botón! ¿Aprieta el botón!». Lo piden a gritos las pantallas de las películas cuando sugieren: «No te detengas. ¡Hazlo!». Lo piden a gritos los anuncios por televisión cuando proclaman: « ¿Te han causado daño? ¡Llama al abogado Soy Timador, y juntos haremos que paguen!». Lo pide a gritos el mundo por todos lados; nuestros héroes son los que han hecho que sus opresores paguen. ¿Cuándo fue la última vez que usted vio que alguien volvió la otra mejilla, y se le proclamó como “héroe”?

Es difícil, ¿verdad que sí? Cuando se nos acusa, se nos insulta o alguien abusa de nosotros, el corazón dama naturalmente por la venganza. Nuestra inclinación natural es apretar el botón de la venganza. Para el cristiano, sin embargo, la pregunta es: « ¿Estaría Dios de acuerdo con que yo apretara el botón?». Otra pregunta es esta: «Si no lo estuviera, ¿qué puedo hacer con el avasallador deseo de desquitarme?». Esperamos responder estas preguntas, por lo menos en parte, en este estudio de la vida de David. El texto principal de la lección será 1ª Samuel 24—26. La venganza es el tema que tienen en común estos capítulos. Entresacaré de estos capítulos y de 2ª Samuel 1, cuatro consejos que nos ayuden a hacerle frente al impulso de hacer sufrir a los que nos han hecho sufrir.

## **TOME LAS COSAS SEGÚN DE QUIEN VENGAN (1ª SAMUEL 24)**

Hace algún tiempo, en una amena plática que teníamos, alguien mencionó un comentario que se hizo de mí, que indicaba claramente que yo no le resultaba particularmente simpático a la persona que lo hizo. La naturaleza del comentario hizo que nos riéramos un poco. En ese momento alguien comentó ¡Las cosas se toman según de quien vengan!, y pasamos a hablar de temas más edificantes.

Es probable que siendo usted, por lo menos una vez se quejó con sus padres de que alguien en la escuela dijo algo desagradable de su persona, y ellos respondieron: «Hijo, las cosas se toman según de quien vengan —olvidalo». Lo que estaban tratando de decir es que, cuando uno considera seriamente quién dijo las palabras degradables, uno cae en la cuenta de que no vale la pena preocuparse por ello.

Aplique este principio a la situación de David. ¿¡Quién era el causante de su desdicha?! Un monarca desquiciado que era su peor enemigo.

Dejamos la narración en el momento en que David y sus hombres estuvieron a punto de ser apresados por el ejército de Saúl. Después que el rey salió para combatir contra los filisteos, «David subió [del desierto de Maón] y habitó los lugares fuertes de En-gadi» (1ª Samuel 23:29).

En-gadi estaba localizado en la región central de la ribera occidental del Mar Muerto, a unos 56 kilómetros al sudeste de Jerusalén. Los que han visitado el lugar dan cuenta de su belleza. Desde una fuente que está a 182 metros sobre el nivel del mar, fluye un chispeante arroyo que desciende al desierto. Hay cinco cataratas, estanques de agua transparente, exuberante follaje y flores decolores vivos. Al oasis se llega por medio de un empinado sendero por el que sólo pueden andar los que conocen el terreno. En este lugar David y sus hombres pudieron reponer cuerpo y espíritu en un ambiente de relativa seguridad.

No obstante, el período de «descanso y recreación» de David en el refugio de En-gadi fue efímero. Así comienza el capítulo 24: «Cuando Saúl volvió de perseguir a los filisteos, le dieron aviso, diciendo: He aquí David está en el desierto de En-gadi. Y tomando Saúl tres mil hombres escogidos de todo Israel, fue en busca de David y de sus hombres» (24:1—2).

Lo anterior nos lleva a uno de esos pasajes en los que la Biblia se refiere de un modo eufemístico a un acto que no deja de ser bochornoso, pues dice: «Y cuando llegó a un redil de ovejas en el camino, donde había una cueva, entró Saúl en ella para cubrir sus pies» (24:3a). La expresión «cubrir sus pies» era un eufemismo hebreo que se refería a «hacer sus necesidades fisiológicas».

Lo que Saúl no sabía era que «David y sus hombres estaban sentados en los rincones de la cueva» (24:3b). Es probable que David oyera a Saúl cuando venía y que decidiera ocultar a sus hombres en una de las muchas cuevas que abundan

en la zona. (Las cuevas de la zona son lo suficientemente grandes para dar cabida a los seiscientos hombres que acompañaban a David —y a más.)

¡Los hombres de David estaban emocionados! Esto fue lo que le susurraron: «He aquí el día de que te dijo Jehová: He aquí que entrego a tu enemigo en tu mano, y harás con él como te pareciere» (24:4a). No he podido encontrar esta promesa del Señor en las Escrituras. Es posible que Dios se la hiciera a David en algún momento, y que David les hablara a sus hombres de ella —pero también es posible que los hombres estuvieran tan seguros de que era la voluntad de Dios que David matara a Saúl, que ellos inventaron las palabras. No serían los primeros ni los últimos en poner palabras en boca del Señor.

Detengámonos para hacer notar algunas verdades acerca de la venganza:

1) Los que se empeñan en vengarse siempre están a la expectativa del momento en que el causante de su dolor pueda ser sorprendido con la guardia baja. Yo no creo que hubiera alguien con la guardia más baja que Saúl en el momento en que estaba dentro de aquella cueva. No debe extrañar, entonces, que los hombres de David, motivados por ideas carnales de venganza, vieran esto como una oportunidad dada por Dios.

2) Si alguien le ha hecho sufrir a usted, es probable que los que están más estrechamente ligados a usted le alienten a desquitarse apenas tenga la oportunidad. Al igual que los hombres de David, le darán muchas razones para darle tal consejo: «Esa persona necesita una lección», «Hay que darle un sorbo de su propia medicina», «No tendrás respeto por ti mismo, mientras le permitas seguirte atropellando de esa manera».

Al igual que los hombres de David, podrían incluso meter a Dios en los consejos: «Después de todo, Dios te dio ciertos derechos»; «¡Es obvio que Dios no desea que te pisoteen!».

En este punto la narración da un giro inesperado. El final de 24:4 dice: «Y se levantó David, y calladamente cortó la orilla del manto de Saúl». ¡Imagínese usted esta escena! Después que los hombres instaron a David a matar a Saúl, él se escabulló sigilosamente en la oscuridad, puñal en mano, en dirección a Saúl. Los hombres se daban codazos y esperaban el momento en que se oyera el sordo lamento que les avisaría que el rey había sido apuñalado, o que su garganta había sido cortada —pero no oyeron nada. En un momento, David regresó, puñal todavía en mano, pero sin una sola gota de sangre en la hoja de este. Y hablando en tono muy bajo, bombardearon a David con preguntas: « ¿Qué sucedió?»; « ¿Qué hiciste?». David sonrió abiertamente y enseñó un trozo dentado de material de las vestiduras reales de Saúl.

Son muchas las preguntas que nos suscita el anterior suceso. Una de ellas es esta: « ¿Cómo hizo David para acercarse tanto a Saúl sin que este lo viera ni lo oyera?». Tal vez Saúl se quitó su manto, y cuando entró en la cueva, lo puso a un lado para hacer su necesidad. (Eso es lo que yo hubiera hecho.) Como fuera que David se haya acercado, lo cierto es que se necesita mucho valor para hacerlo.

Una pregunta más importante aún, es esta: « ¿Por qué cortó David un trozo de la orilla?». Tal vez una razón fuera que él ya tenía planeado usarla para probarle a Saúl que él podía haberle dado muerte, pero no lo hizo (24:11). La pregunta más importante, sin embargo, es esta: « ¿Por qué no mató a Saúl cuando tuvo la oportunidad?». Para responder esta pregunta, sigamos leyendo el texto.

Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl. Y dijo a sus hombres: Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová (24:5—6).

¿Por qué se turbó David cuando pensó en lo que había hecho? No había causado daño físico a Saúl; sólo le había dejado un poco dispareja la orilla del manto. Hay quienes piensan que su turbación se debió a que en el momento en que David se escabullía en la oscuridad llevaba toda la intención de cortarle la garganta a Saúl, y que no fue sino hasta en el último instante que cambió de parecer y sólo le cortó un trozo de su manto. Por supuesto que es posible que David tuviera la tentación de matar a Saúl. Si alguien tratara una y otra vez de matarme, y yo lo sorprendiera en una situación de indefensión, con un puñal muy afilado en mi mano, sería algo menos que humano (o tal vez deba decir: algo más que humano) si la idea no me pasara por la cabeza: « ¡Un sólo navajazo y adiós a los días en que tenía que andar huyendo!».

Sin embargo, esto es lo que dice el texto: «Después de esto se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl». (Énfasis nuestro.) A David le remordió la conciencia lo que hizo, no lo que pensó hacer. Tengo la impresión de que David era algo temerario: le encantaba la emoción del peligro. Me parece que David cortó el pedazo de vestido en parte como la travesura de un niño escolar que, en este caso, buscaba abochornar al rey. Cuando se dio cuenta de lo que hizo, no obstante, su conciencia le dijo: «No sólo no debes causarle daño físico al ungido de Dios, sino que también debes respetarlo en todo aspecto».

Esto nos lleva al punto principal de lo que quiero decir en esta parte del estudio: Por qué David no mató a Saúl. Note otra vez la explicación que les dio a sus hombres: «Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová» (24:6, énfasis nuestro). Subraye la frase «el ungido de Jehová». Saúl había sido ungido con aceite por Samuel, del mismo modo que lo fue David (1ª Samuel 10:1; 16:13). La palabra hebrea que se traduce por «ungido» es «mesías» (el equivalente griego es «Cristo»). David entendía que a Saúl había que respetarlo, y que las razones no residían en quién era Saúl (un hombre débil, irracional y desobediente); sino en qué era: ¡nada menos que el «mesías de Dios»!

Por toda la Biblia se enseña esta lección. Al policía de tránsito que le ordena al conductor hacerse a un lado y detenerse hay que acatarle la orden, y las razones para esto no residen en quién es él (un ser humano tan falible como yo) sino en qué es él: un «servidor de Dios para [mi] bien» (Romanos 13:4). Los ancianos son

personas a las cuales hay que someterse, y las razones no residen en quiénes son ellos (hombres corrientes que tratan de hacer un trabajo excepcional), sino en qué son ellos: hombres que «el Espíritu Santo [...] ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor» (Hechos 20:28).

Cuando David «tomó las cosas según de quien venían», ¿se dio cuenta de que venían directamente del ungido de Dios y que a este no se le debía causar daño! Note cómo la convicción de David lo llevó incluso a reprender a sus hombres, pues dice la Escritura: «Así reprimió David a sus hombres con palabras, y no les permitió que se levantasen contra Saúl» (24:7). No era solamente que no debía matar a Saúl, sino que también debía convencer a sus hombres de que no mataran al rey. El significado literal en hebreo de «reprimió» indica que David «desgarró» a sus hombres con sus palabras. En la NIV dice que David «reprendió» a sus hombres. Lo que sucedió fue que una acalorada disputa con ásperos susurros se suscitó en la parte posterior de la cueva. David apenas pudo refrenar a sus hombres, cuyas vidas también habían sido trastornadas por los gravosos decretos de Saúl.

El no vengarse de alguien no solamente consiste en no tomar represalias; sino también en convencer a otros de que no le causen daño a esa persona. En una congregación donde yo predicaba, llegué a la conclusión de que debía renunciar. Me habían causado daño, pero mi intención era salir calladamente, causando la menor conmoción posible. No obstante, a muchos miembros de la congregación les pareció que en el movimiento había más de lo que se podía ver a simple vista, y me vi en la posición de tener que convencer a otros de no causar agitación, de poner «la unidad del Espíritu» (Efesios 4:3) por encima de los intereses personales. ¡Descubrí que cuando a uno le han causado daño, el anterior es uno de los más difíciles retos que a uno se le puede presentar! Tal reto constituye, sin embargo, un componente esencial del mandamiento de no vengarse.

Mientras David estaba convenciendo a sus hombres, Saúl salía de la cueva. David vino a la entrada y observó. Cuando Saúl se encontraba a cierta distancia, David salió y llamó: « ¡Mi señor el rey!» (24:8).

En Mateo 18, Jesús dejó plasmado un principio eterno en cuanto a las relaciones con los demás, que dice así: «Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele [...] si te oyere, has ganado a tu hermano» (verso 15). En el lenguaje de la consejería, a esto se le llama «confrontación». Se le reconoce como un componente esencial del proceso de restablecer relaciones. También es esencial para ayudar a una víctima a tratar las emociones que se agitan dentro de ella. Hasta este momento, David no había tenido la oportunidad de confrontar a Saúl. Con el tiempo, no obstante, él y su atormentador se encontraron cara a cara.<sup>7</sup>

Cuando Saúl volvió el rostro, David hizo reverencia y pronunció un apasionado discurso:

He aquí han visto hoy tus ojos cómo Jehová te ha puesto hoy en mis manos en la cueva; y me dijeron que te matase, pero te perdoné, porque dije: No extenderé mi mano contra mi señor, porque es el ungido de Jehová. Y mira,

padre mío, mira la orilla de tu manto en mi mano; porque yo corté la orilla de tu manto, y no te maté. Conoce, pues, y ve que no hay mal ni traición en mi mano, ni he pecado contra ti; sin embargo, tú andas a caza de mi vida para quitármela. Juzgue Jehová entre tú y yo, y véngueme de ti Jehová; pero mi mano no será contra ti (24:10—12).

Le aconsejo que lea todo el discurso. Hay muchas notables expresiones en él. Por medio de este discurso, David prácticamente dio una pequeña clase sobre cómo confrontar a alguien que le ha hecho daño a uno. David no fue malo ni violento, pero tampoco le restó importancia al hecho de que le habían hecho daño. Su discurso fue comedido y respetuoso; le llamó al rey «mi señor», «el ungido de Jehová» y «padre mío». Se describió a sí mismo como «un perro muerto», y como «una pulga». Interpretó de la mejor manera posible las acciones de Saúl; en lugar de cuestionar las intenciones de Saúl, dijo que al rey le habían aconsejado mal (24:9). Aunque Saúl había sido poco razonable, David razonó con él, dándole prueba de que no tenía intención alguna de causarle daño al rey.

Sin embargo, deseo especialmente que note usted esto: Que cuando David siguió «tomando las cosas según de quien venían», él vio que en última instancia era de Dios mismo de quien venían. Note las palabras que dijo David en 24:10: “Jehová te ha puesto hoy en mis manos en la cueva”. Los hombres de David le insinuaron que Dios había entregado a Saúl en manos de David, para que David pudiera matarlo. David, no obstante, vio que Dios le había puesto en sus manos al rey, para que David pudiera perdonarle la vida y para probarle a Saúl que él no era su enemigo.

Cuando alguien le hace daño a usted, y usted «toma las cosas según de quien vengan», no descarte la posibilidad de que sea Dios quien esté actuando por medio de esa situación para hacer de usted una más noble y mejor persona.<sup>9</sup> A Saúl obviamente le impresionó la actitud de David, pues esto es lo que leemos: Saúl dijo: ¿No es esta la voz tuya, hijo mío David? Y alzó Saúl su voz y lloró, y dijo a David: Más justo eres tú que yo, que me has pagado con bien, habiéndote yo pagado con mal [...] Y ahora [...] yo entiendo que tú has de reinar, y que el reino de Israel ha de ser en tu mano firme y estable (24:16-17, 20).

Esta era la primera vez que Saúl reconocía abiertamente que David sería el próximo rey.

Todo indicaba que se habían reconciliado, ¿verdad que sí? Esta podía haber sido la señal que David necesitaba para saber que ya podía volver a la capital, a volver a asumir su puesto dentro del palacio del rey. David, no obstante, sabía que, aunque tenía algún tiempo a su favor, no podía confiar en el inestable monarca. El capítulo termina con las siguientes palabras: «Y se fue Saúl a su casa, y David y sus hombres subieron al lugar fuerte» (24:22b); se quedaron donde pudieran estar a salvo.

**CONSIDERE EL COSTO (1ª SAMUEL 25)**

El capítulo tiene algo de enigmático. Los capítulos 24 y 26 narran las dos ocasiones en las que David pudo haber dado muerte a Saúl, pero no lo hizo. Metido entre estos dos capítulos está el capítulo 25, que se refiere a un hombre y su esposa (Nabal y Abigail) y sus tratos con David. ¿Por qué está metido el capítulo 25 entre los capítulos 24 y 26, que se refieren a eventos parecidos? Podríamos decir que está allí porque se refiere a eventos cuya ocurrencia cronológica se dio después de lo narrado en el capítulo 25, y antes de lo narrado en el 26. Sabemos, no obstante, que los historiadores y los biógrafos deben ser selectivos con su material. Por lo general hay una razón por la que ciertos sucesos son seleccionados y colocados donde se encuentran.

Creo que el capítulo 25 se puso entre los capítulos 24 y 26 para 1) dar a conocer la inclinación natural de David con respecto a la venganza, y para 2) mostrar cómo llegó él a aprender la voluntad de Dios en cuanto a vengarse uno mismo.

El primer versículo del capítulo 25 habla acerca de la muerte de Samuel y acerca del hecho de que David y sus hombres se trasladaron al desierto de Parán. En el desierto David no iba a poder alimentar a seis hombres, mucho menos a seiscientos. Por lo tanto, entró en el negocio de la protección. Él y sus hombres protegían los rebaños que pacían sobre la escasa vegetación (25:7—8, 15—16). Note que dije: «Entró en el negocio de la protección»; no dije: «Entró en la estafa de la protección» (como lo describen ciertos comentaristas). «La estafa de la protección» se refiere a la actividad de ciertos gánsteres que «protegen» a las personas que no necesitaban protección cuando no había gánsteres. En contraste con lo anterior, había una necesidad real de protección en el desierto de Parán. No había cercas; abundaban las bestias y tribus salvajes, y para estas, los corderos o cabras extraviados siempre constituían caza menor.

Un hacendado cuyos rebaños eran vigilados por los hombres de David era un hombre rico llamado Nabal: «Y en Maón había un hombre que tenía su hacienda en Carmel, el cual era muy rico y tenía tres mil ovejas y mil cabras» (25:2). Sin embargo, no era un hombre al que uno quisiera tener por vecino: «El hombre era duro y de malas obras» (25:3). Sus siervos decían: “Es un hombre tan perverso, que no hay quien pueda hablarle” (25:17). Incluso tenía problemas con la bebida (25:36).

Su nombre, Nabal, significa literalmente «necio» o “insensato”. Es difícil creer que una madre le pusiera el nombre de «Necio» a su recién nacido. Tal vez esta era una forma degenerada de su nombre de pila; tal vez era un nombre que se le había dado en son de burla. Como fuera que adquirió el nombre, lo cierto es que no se lo pudo quitar. Así era como todo el mundo lo llamaba, incluso su esposa (25:25). En ese nombre se resumía apropiadamente su carácter.

Otro personaje clave del drama del capítulo 25 es la esposa de Nabal, cuyo nombre era Abigail. El nombre de ella significa «el gozo de su padre». El versículo 3 dice: «Era aquella mujer de buen entendimiento y de hermosa apariencia».

¡Cuán maravillosa combinación! Sólo cuatro mujeres son llamadas «hermosas» en la Biblia y Abigail era una de ellas.

¿Cómo se llegó a casar esta hermosa e inteligente mujer con aquel necio? La respuesta es que Abigail no tuvo voz en ello; los matrimonios eran convenidos. Los padres de Abigail habrían considerado al rico Nabal un buen partido. En vista de que Abigail era hermosa, Nabal estuvo de acuerdo en casarse con ella. Así, «la Bella y la bestia» se casaron —con la salvedad de que no «vivieron felices para siempre». Abigail tenía las más espléndidas ropas, paseaba en magníficos carros, podía dar las más suntuosas fiestas —pero esto no cambiaba la realidad de que estaba casada con un necio que era malo, odioso y borracho.

El capítulo inicia narrando que era la época de esquilas ovejeras (25:2), una ocasión para celebrar. Se acostumbraba que en el tiempo de la esquila se mostrara agradecimiento a los que habían hecho posible la producción de la lana, incluyendo a los que protegían los rebaños. Cuando David oyó que Nabal estaba esquilando sus ovejas, envió a diez jóvenes al rico hacendado. Les pidió que dijeran esto:

Sea paz a ti, y paz a tu familia, y paz a todo cuanto tienes [...] Ahora, tus pastores han estado con nosotros; no les tratamos mal, ni les faltó nada en todo el tiempo que han estado en Carmel [...] Hallen, por tanto, estos jóvenes gracia en tus ojos [...] te ruego que des lo que tuvieres a mano a tus siervos, y a tu hijo David (25:6—8).

Los jóvenes de David fueron a Nabal, repitieron las palabras, «y esperaron» (25:9, NASB). Esperaron como el botones que le lleva a uno el equipaje a su habitación de hotel, y se queda allí, con la mano extendida. No había contrato entre David y Nabal, ni ninguna ley que estipulara que éste debía darles algo — como tampoco hay una ley escrita que estipule que uno tiene que dar propina. No obstante, se sobreentendía entonces como se sobreentiende hoy día, que si uno recibe un trato especial uno muestra su agradecimiento. Todo indicaba que David y sus hombres merecían todo lo que Nabal les diera. Más adelante, los pastores le dijeron a Abigail:

Y aquellos hombres han sido muy buenos con nosotros, y nunca nos trataron mal, ni nos faltó nada en todo el tiempo que anduvimos con ellos, cuando estábamos en el campo... Muro fueron para nosotros de día y de noche, todos los días que hemos estado con ellos apacentando las ovejas (25:15—16).

Por esto los siervos de David esperaban una recompensa.

Nabal, no obstante, se hizo el necio y comenzó a insultarlos:

¿Quién es David, y quién es el hijo de Isaf? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores. ¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua, y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son? (25:10—11).



Nabal afirmaba no haber oído jamás acerca de David, con lo cual estaba insinuando que no sabía nada del servicio que David le había prestado. («Todo lo que sé es que puede ser un siervo que ha huido de su señor.») Abigail, sin embargo, sí sabía muy bien quién era David (25:28, 30); lo más probable, no hay duda, es que su esposo también lo sabía. Lo más seguro es que los pastores cíe Nabal habrían vuelto en algún momento de la temporada y habían hablado acerca de los hombres que les protegían. El problema de Nabal no era que no sabía quién era David; era, más bien, su condición de hombre codicioso, que lo hacía aferrarse a todo lo que poseía.

Los mensajeros volvieron a David. Me imagino a un centinela gritando: « ¡Vienen de regreso los jóvenes! ». Un David hambriento esperaba ansioso que aparecieran. Había preparado el fuego para asar un sabroso cordero engordado. Ya su boca se le hacía agua. Cuando llegaron, no obstante, venían con las manos vacías. « ¿Qué sucedió?», les preguntó David. Cuando le contaron, se puso furioso. ¡Cíñase cada uno su espada!» les gritó a sus hombres.

Ciertamente en vano he guardado todo lo que éste tiene en el desierto, sin que nada le haya faltado de todo cuanto es suyo; y él me ha vuelto mal por bien. Así haga Dios a los enemigos de David y atm les añada, que de aquí a mañana, de todo lo que fuere suyo no he de dejar con vida ni un varón<sup>19</sup> (25:21—22).

¡No pasó mucho tiempo para que David, con la cara tan roja como su cabello — por la ira que se apoderó de él—, se pusiera en marcha hacia la granja de Nabal con cuatrocientos hombres!

Tenga presente que Nabal no había quebrantado ninguna ley ni contrato. No había puesto en peligro ni había amenazado la vida de David. Lo único que había hecho era 1) insultar a David y 2) no mostrar agradecimiento por los servicios de David. ¿Puede usted imaginarse lo que es no darle propina a un mesero y provocarlo a que, pistola en mano, lo persiga a uno hasta el estacionamiento? (Los más finos insultos que he recibido han sido de personas que creyeron que no les di suficiente propina, ¡pero jamás trató alguno de matarme!) De cualquier modo que se mire, David estaba reaccionando de forma exagerada. Cuatrocientos hombres (además de David) iban camino a matar a Nabal y a sus siervos —¡ iban tras una cucaracha con una escopeta! Tenga presente también que, en vista de que Nabal no había cometido delito capital, lo que David estaba planeando hacer era homicidio: homicidio premeditado, homicidio en primer grado.

A estas alturas, muchos comentaristas sacuden su cabeza y dicen: « ¡Esto es increíble! Este es el mismo hombre que le perdonó la vida al rey que se había dedicado por entero a perseguir a David para matarlo. ¡Ahora estaba planeando matar a un don nadie, tan sólo porque no le supo dar las gracias! Cómo puede uno explicarse este cambio de personalidad». Yo no creo que hubo un cambio de personalidad. Creo que en el capítulo 25 vemos la reacción natural de David. Creo

que vemos lo que a él le hubiera gustado hacerle a Saúl, lo que le hubiera hecho a Saúl, si Saúl no hubiera sido el ungido de Dios. Además, creo que ya él había soportado todo lo que podía, y las palabras insultantes de Nabal fueron la proverbial gota que derramó el vaso. Es probable que pensara: «Tengo que soportar los maltratos de Saúl, pero no los de este “¡hijo de lo inútil!”!».

Aunque David había aprendido una lección en particular acerca de la venganza —que uno no debe vengarse del ungido de Dios— él no había aprendido la lección general en el sentido de que uno no debe vengarse por su propia mano, sea quien sea el ofensor.

Mientras David preparaba a sus hombres para la masacre, uno de los siervos de Nabal le llevó noticias a Abigail, acerca de los planes de David. Tenga presente que Abigail estaba atrapada en un matrimonio que ninguna mujer hubiera escogido. No tenía futuro alguno en el cual ilusionarse, sino que lo que le esperaba era una vida con un miserable necio de esposo. Cuando ella oyó que David venía con cuatrocientos hombres armados, lo más fácil habría sido parpadear, esbozar una leve sonrisa y decir: «Entraré en mi aposento y diré una oración por mi esposo». Cuando saliera, unos treinta o sesenta minutos después, todo habría terminado. ¡Podría vestir de luto unos cuantos meses, para después disfrutar como la viuda más rica de la región —y nadie la habría culpado!

No obstante, ella no respondió de ese modo. En lugar de ello, pensó rápidamente en un plan para salvar la vida de su esposo. El plan incluía arriesgar su propia vida, pero estaba dispuesta a hacerlo. ¿Por qué? ¿Porque ella había hecho voto delante de Dios el día que se casó con Nabal? Este podría haber sido grosero, ofensivo y repulsivo, pero era su esposo — ¡y se había casado con él de por vida! En esta época de matrimonios desechables, ¡cuánto necesitamos la actitud de Abigail! Dios todavía dice «que él aborrece el repudio» (Malaquías 2:16), y Jesús todavía dice: «Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre» (Mateo 19:6).

Abigail de inmediato puso su plan en marcha. Sacó de su cocina y de su despensa todo el alimento que cuatrocientos y un hombres podrían desear. Hizo que todo se cargara en asnos, y salió a buscar a David —una mujer iba a enfrentarse con un ejército de hombres que en sus corazones estaban empeñados en cometer homicidio.

Los interceptó en un valle. Se bajó de su asno y echó a andar por el sendero de las tropas de David. Me imagino a David sorprendido levantando sus manos para dar la orden de alto a sus hombres, hombres que se quedaron moviéndose de un lado para otro, impacientes, y ansiosos por reanudar su marcha homicida. Postrándose delante de David, Abigail presentó las más elocuentes súplicas que se encuentran en las Escrituras. (Me temo que esta no fue la primera vez que ella tuvo que pedir disculpas por su esposo; ¡es probable que más de una vez usara una variación de este discurso!)

En el discurso de Abigail, ella se responsabilizó totalmente por el malentendido (25:24; vea también 25:28). Esto tuvo que haber sido desconcertante para David. Una cosa era matar a un necio como Nabal; otra era matar a una hermosa mujer.<sup>24</sup> Instó a David a aceptar el presente que le había traído (25:27). Por todo el discurso, ella mostró gran respeto. (Llamó a David «mi señor» doce veces, y --- a sí misma «tu sierva» seis veces) Expresó estar segura de que Dios estaría con David (25:28-31). El discurso es un modelo para cualquiera que desee apaciguar la ira de otro.

Lo más importante que Abigail hizo fue demorar la marcha de este hombre amargado por el tiempo suficiente para que considerara las consecuencias de lo que planeaba hacer.

Ahora pues [...] que Jehová te ha impedido el venir a derramar sangre y vengarte por tu propia mano. Sean, pues, como Nabal tus enemigos [...] Y acontecerá que cuando Jehová [...] te establezca por príncipe sobre Israel, entonces, señor mío, no tendrás motivo de pena ni remordimientos por haber derramado sangre sin causa, o por haberte vengado por ti mismo [...] (25:26,30—31).

«Dios te hará rey», dijo Abigail, «y cuando eso suceda, no desearás que en tu hoja de vida, ni en tu conciencia, esté escrito que anduviste matando gente sin causa, haciendo justicia por tu propia mano».

La respuesta de David revela una razón por la que a él se le llama «el varón conforme al corazón de Dios». Tenía un espíritu educable y accesible. Esto fue lo que dijo: «Bendito sea Jehová Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases. Y bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre, y a vengarme por mi propia mano» (25:32—33). El impetuoso David estaba aprendiendo valiosas lecciones que él necesitaba como rey: La violencia engendra violencia; por otro lado, la moderación conduce a una solución pacífica.

El sabio Salomón dijo: «Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él» (Proverbios 26:4). Puede que este sea un proverbio que Salomón aprendió de su padre David —pues David estuvo a punto de responderle a un necio de una manera sumamente necia.

Se ha dicho que «uno no progresa cuando se desquita». Invariablemente, los esfuerzos que uno haga por desquitarse de la gente nos darán una imagen poco favorable y nos van a doler a nosotros más que a ellos. Una vez yo creí que había sido tratado injustamente por un concesionario de automóviles. « ¡Me va a conocer!», me dije. «! ¡No voy a hacer más negocios con él!». Al tiempo caí en la cuenta de que en el pequeño pueblo donde vivíamos, su representación era única que cumpliría la garantía de mi vehículo. ¡P él difícilmente le haría falta comerciar conmigo pero a mí sí me haría mucha falta mi automóvil!

La próxima vez que se sienta tentado a desquitarse de alguien, cuente hasta diez (o hasta veinte, o hasta cien, o lo que sea necesario para calmarse), después «considere el alto costo de la venganza» —para su reputación, para su tranquilidad espiritual y para su alma.

La historia del capítulo 25 llega rápidamente a su final. Cuando Abigail volvió a casa, no le pudo decir nada a Nabal porque estaba ebrio (25:36). Al día siguiente por la mañana, cuando estaba sobrio, ella le contó —y tuvo un derrame cerebral.<sup>29</sup> Pocos días después, murió.<sup>30</sup> Cuando David oyó la noticia, dijo: «Bendito sea Jehová, que [...] ha preservado del mal a su siervo; y Jehová ha vuelto la maldad de Nabal sobre su propia cabeza» (25:39).

A David le impresionó Abigail, esa hermosa e ingeniosa mujer, así que envió siervos a ella con una propuesta de matrimonio, y llegaron a ser marido y mujer. El relato comienza narrando que David buscaba una buena comida; y termina narrando que encontró una buena esposa.

David aprendió algunas valiosas lecciones ese día. En primer lugar, la venganza personal no vale la pena. En segundo lugar, si uno pone la venganza en manos del Señor, El hará que todas las cosas ayuden a bien. Estas son lecciones que todos nosotros necesitamos aprender.

### ***PÓNGALO EN LAS MANOS DEL SEÑOR (1ª SAMUEL 26)***

No pasó mucho tiempo para que David tuviera que poner en práctica la lección que aprendió de Abigail. Una vez más fue traicionado por los Zifeos (26:1), y Saúl estuvo muy pronto a un paso de David. Saúl y su ejército acamparon en el lugar donde los Zifeos habían visto por última vez a David: el collado de Haquila.<sup>TM</sup> Cuando David oyó que Saúl se encontraba en la región, no quería creer que Saúl hubiese quebrantado una vez más su palabra. Los espías confirmaron la información, pero David fue a comprobarlo en persona.

Era de noche cuando David y varios de sus hombres llegaron, pero desde un monte cercano, la luz de la luna le permitió ver dónde dormía Saúl. David decidió arriesgarse una vez más para probar que no tenía intenciones de causarle daño a Saúl. David preguntó: «¿Quién descenderá conmigo a Saúl en el campamento?». Un sobrino llamado Abisai dijo: «Yo descenderé contigo» (26:6).

A medida que David y Abisai se acercaban sigilosamente al campamento de Saúl, debió de sorprenderles que no se toparan con centinelas. El versículo 12 hace notar que «un profundo sueño enviado de Jehová» había caído sobre todos los del ejército de Saúl. Los dos hombres franquearon con sumo cuidado los cuerpos de los que dormían, hasta que llegaron al centro del campamento, donde Saúl yacía dormido, y su lanza estaba clavada en tierra a su cabecera.<sup>37</sup> Al igual que hicieron los hombres en la cueva anteriormente, Abisai interpretó esta situación como una prueba de que Dios deseaba que David matara a Saúl (26:8). Una vez más David dijo que él no podía hacerle daño a Saúl porque este era «el ungido de Jehová» (26:9; vea también 26:11).

Esta vez, no obstante, David agregó una idea —la importante lección que había aprendido de su enfrentamiento con Nabal y Abigail: la enseñanza en el sentido de que la venganza debe ponerse en manos de Dios. También dijo David: «Vive Jehová, que si Jehová no lo hiriere, o su día llegue para que muera, o descendiendo en batalla perezca [...]» (26:10). En otras palabras, «Saúl morirá, ya sea, del mismo modo que Nabal murió —el Señor le enviará una “muerte natural”— o morirá en batalla; pero una cosa es segura: Dios saldrá todas las cuentas al final». (Tal como al final sucedió, la segunda posibilidad se realizó: Saúl murió en batalla.)

David dijo a Abisai: «Toma ahora la lanza que está a su cabecera, y la vasija de agua, y vámonos» (26:11). Después, con sumo cuidado, salieron del campamento, bajaron el monte, pasaron al otro lado del valle, y subieron a la cumbre de un monte que estaba cerca. Desde allí David llamó a Abner, que dormía junto al rey para protegerlo, y le dijo: «¿Y quién hay como tú en Israel? ¿Por qué, pues, no has guardado al rey tu señor? Porque uno del pueblo ha entrado a matar a tu señor el rey [...] Mira pues, ahora, dónde está la lanza del rey, y la vasija de agua que estaba a su cabecera» (26:15-16). El punto de lo que David estaba diciendo es que él había sido mejor amigo de Saúl que su propio ejército, porque había sido él, y no Abner, ni el ejército, el que impidió que Abisai matara al rey.

Saúl reconoció la voz de David y gritó: «¿No es esta tu voz, hijo mío David?» (26.17). David respondió con otro vehemente ruego a Saúl, declarando enérgicamente su inocencia, usando la lanza y la vasija como pruebas de que no era enemigo de Saúl. Esto fue lo que dijo:

Ruego, pues, que el rey mi señor oiga ahora las palabras de su siervo. Si Jehová te incita contra mí [enviándote un espíritu que castiga] acepte él la ofrenda; mas si fueren hijos de hombres, malditos sean ellos en presencia de Jehová, porque me han arrojado hoy para que no tenga parte en la heredad de Jehová, diciendo: Ve y sirve a dioses ajenos. No caiga, pues, ahora mi sangre en tierra delante de Jehová [...] (26:19—20).

Lo que a David le preocupaba más no era que se le obligara a vivir como fugitivo, ¡Sino que no podía ir al tabernáculo con el resto del pueblo de Dios a adorar a Dios! A diferencia de algunos de nosotros que buscamos excusas para no congregarnos con nuestros hermanos y hermanas, su actitud era la del que decía: «Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Jehová iremos» (Salmos 122:1; énfasis nuestro). Se entristecía cuando no podía ir.

En el conmovedor discurso de David, también mencionó la lección que había aprendido de Abigail: «Y Jehová pague a cada uno su justicia y su lealtad» (26:23; énfasis nuestro).

Una vez más Saúl pareció conmovido. Esto fue lo que dijo: «He pecado», y dijo además: «He aquí yo he hecho neciamente». Y rogó, diciendo: «Vuélvete, hijo mío

David, que ningún mal te haré más» (26:21). Continuó llamando a David «hijo mío», pero a diferencia de la ocasión anterior, David no le llamó «padre mío». David sabía que Saúl le había dado su esposa Mical a otro. Saúl ya no era su suegro; David ya no tenía un lugar en la casa de Saúl. No se atrevió a volver con él, así que «se fue por su camino, y Saúl se volvió a su lugar» (26:25).

No hay para uno lección más importante sobre la venganza, que la que aprendió David: «Póngalo en las manos del Señor». Esta importante verdad se enseña tanto en el Antiguo como en el Nuevo

Testamento: Deuteronomio 32:35—36; -Hebreos 10:30; etc. La más convincente demostración de esta verdad se encuentra en la vida de Cristo. Esto fue lo que Pedro escribió:

Porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente (1<sup>a</sup> Pedro 2:21—23).

Cristo «puso la venganza en las manos de Dios» —y Pedro dijo que El lo hizo para dejarnos ejemplo. Pablo se hizo eco de este desafío en Romanos 12. En el versículo 17, escribió el apóstol: «Nunca paguéis a nadie mal por mal» (NASB). No fui yo quien escribió lo anterior. Si lo hubiese escrito yo, habría expresado: «Casi nunca paguéis mal por mal», o «Rara vez paguéis a la mayoría de la gente mal por mal». Pablo, sin embargo, dijo: «Nunca paguéis a nadie mal por mal». (Énfasis nuestro.) Y siguió diciendo: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. Nunca [otra vez esa palabra] os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor» (Romanos 12:18—19, NASB). Note que el pasaje no dice: «El mal no se castigará». El versículo recalca que los que causan daño a otros «recibirán lo que está reservado para ellos»... pero nosotros no somos los que hemos de «dárselo». Eso es prerrogativa de Dios, no de nosotros. Pongámoslo en las manos de Dios.

### ***PERDONE Y OLVIDE (2<sup>a</sup> SAMUEL 1)***

Al llegar al final de la lección, saltémonos por un momento el período cuando David y sus hombres vivieron entre los filisteos, para hacer notar un último principio que nos enseña la relación entre David y Saúl. Es fácil decirlo, pero difícil hacerlo: «Olvide y perdone».

En 1<sup>a</sup> Samuel 31, leemos acerca de la muerte de Saúl al cometer suicidio, echándose sobre su espada (verso 4). En 2<sup>a</sup> Samuel 1, se narra el momento en que David se enteró de la muerte del rey. Esta hubiera sido la ocasión perfecta para que David se regocijara e inmediatamente comenzara a menospreciar al hombre que había tratado de destruirlo. En lugar de ello, David lamentó la muerte de Saúl y escribió una nota de elogio en honor a él. En una lección anterior, hicimos notar que en el elogio destaca el amor de David por su amigo Jonatán. Sin embargo, no debemos dejar que se nos pase el hecho de que el nombre de Saúl

siempre aparece primero en el poema, como era digno del «ungido del Señor», y que muchos comentarios elogiosos se hacen acerca del rey.

Y endechó David a Saúl ya Jonatán su hijo con esta endecha [...] ¡Ha perecido la gloria de Israel sobre tus alturas! ¡Cómo han caído los valientes!  
No lo anunciéis en Gat, Ni deis las nuevas en las plazas de Ascalón;  
[...]  
Montes de Gilboa,  
Ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seáis tierras de ofrendas;  
Porque allí fue desechado el escudo de los valientes,  
El escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite.>°  
Sin sangre de los muertos, sin grosura de los valientes,  
[...] la espada de Saúl [no] volvió [...] Saúl y Jonatán, amados y queridos;  
Inseparables en su vida, tampoco en su muerte fueron separados;  
Más ligeros eran que águilas,  
Más fuertes que leones.  
Hijas de Israel, llorad por Saúl,  
Quien os vestía de escarlata con deleites,  
Quien adornaba vuestras ropas con ornamentos de oro [...] ¡Cómo han caído los valientes,  
Han perecido las armas de guerra! (2ª Samuel 1:17, 19—24, 27).

A veces, cuando en un funeral se elogia a uno que no vivió una vida muy perfecta que digamos, la gente murmura: «¡Qué montón de hipócritas!». ¿Estaba David mintiendo, o siendo hipócrita al elogiar a Saúl? No lo estaba, porque todo lo que dijo de Saúl era cierto. Era sólo que David había elegido recordar lo bueno y no lo malo. David no estaba siendo insincero; estaba, más bien, ejercitando una de sus más preciosas opciones: la opción de «perdonar y olvidar».

El mundo ha aceptado la conclusión a la cual llegó William Painter, que dijo: «La venganza es dulce». No obstante, hay algo más dulce que la venganza, y ello es elevarse por encima del sufrimiento y del dolor, y perdonar... ser como Jesús, que oró, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34)... perdonar para que se nos perdone (Mateo 6:14- 15).

Al dar este consejo, hago uso de la conocida frase «Perdone y olvide». Ninguno de nosotros podrá olvidar una herida en el sentido de que el recuerdo de ella sea completamente borrado de nuestras mentes. Sin embargo, sí podemos «olvidar» como Dios olvida.<sup>55</sup> Podemos tomar la decisión de no pensar mal de la persona que hemos perdonado, y podemos tomar la decisión de no sacar constantemente a relucir el tema. Esto era lo que David estaba haciendo en su lamento por Saúl.

Para Frank y Elizabeth Morris, miembros de la iglesia de Cristo de Little River, en Hopskinville, Tennessee, no fue fácil conocer la dulzura del perdón. Poco antes de la Navidad de 1982, Ted, el único hijo de ellos, estudiante del David Lipscomb

College, murió atropellado por un conductor ebrio. Desconsolados, los Morris exigieron venganza, procurando que se aplicara la pena de muerte a Tommy Pigage, el asesino del hijo de ellos. No obstante, cuando la acusación se cambió a homicidio involuntario, la sentencia se redujo. A los Morris los consumió la amargura. El problema de ellos era que se daban cuenta de que su sed de venganza contradecía la enseñanza de la Biblia. Estaban llenos, no solo de ira, sino también de culpa.

Sobre lo anterior se escribió un cautivador libro que lleva por título: De la venganza a la redención, en el cual se narra la odisea emocional que pasaron ellos.<sup>56</sup> El volumen cuenta cómo Frank y Elizabeth pasaron del odio al amor, y cómo aprendieron a perdonar a Tommy Pigage, y cómo, incluso, lo guiaron para que se convirtiera en miembro de la iglesia. En la contraportada tiene una fotografía de Frank y Elizabeth Morris junto con Tommy Pigage.

Si David lo hizo, si los Morris lo hicieron, también nosotros podremos. Que Dios nos ayude a todos a ser lo suficientemente nobles para «perdonar y olvidar».

## **CONCLUSIÓN**

Algunos habrán notado que usé frases comunes para expresar mis cuatro consejos para hacer frente a los pensamientos de venganza: «Tome las cosas según de quién vengan», «considere el costo», «póngalo en las manos del Señor» «perdone y olvide». Las frases comunes tienen mala fama; a los autores noveles se les advierte constantemente que las eviten. Lo que se nos olvida de las frases comunes es qué las hizo comunes: Llegaron a serlo porque son eficaces para expresar lo que deseamos decir. Los cuatro consejos que he dado podrían ser frases comunes, pero a pesar de ello representan grandes verdades bíblicas, verdades por las que debemos vivir si deseamos tener tranquilidad espiritual e ir al cielo cuando muramos.

Hagamos este sermón tan personal y tan práctico como sea posible. ¿Todavía tiene usted en sus manos la cajita de metal brillante que mencioné al comienzo de esta lección? Si todavía la tiene, aparte su dedo del botón: ¿Hay amargura en su corazón hacia alguno que le haya causado daño en el pasado? Caiga en la cuenta de que mientras esa amargura esté allí, la persona que le lastimó continuará dominando su vida y sus emociones. Su amargura no le está haciendo daño a esa persona; le está haciendo daño a usted. Extráigala de su corazón, tomando las cosas según de quien vengan y considerando el costo de desquitarse. Resuelva poner las cosas en las manos de Dios, para dejar que sea Dios quien salde las cuentas en el momento y lugar que El determine. Y de parte suya, aprenda a saborear cuán dulce es echar de sí la carga de la amargura —para olvidar y perdonar. Fin.